

so que inaugura esa rotunda palabra, alcarraza, concluye con una larga nota en la vocal "A". Muy movidas son las *Coplas de Curro Dulce*, abiertas con una racial vocalización a la que sigue un zapateado en el piano. Notas mantenidas en la primera parte, interludio con un cierto aire de habanera y recuperación del tempo vivo en los tres últimos versos, que descienden a la zona grave con mucho remango (y el mosquitero) y que cierra la repetición de la *vocalise* con la natural agudo conclusivo.

El granadino Ángel Barrios, primero violinista, luego guitarrista y compositor, fue un músico que puede asimilarse a un prudente nacionalismo o, mejor, a un regionalismo de alta escuela, en el que supo *desarrollar* con cierta soltura temas de su Andalucía natal. Cultivó una vena de eficaz impronta lírica, impulsado por Conrado del Campo, con quien estudió en Madrid y con quien colaboró en alguna que otra obra escénica. De las salidas de su cosecha, *La Lola se va a los puertos*, de 1951, sobre la obra de los Machado, es su principal logro, aunque su producción más numerosa se cifra en la guitarra, en ocasiones con obras transcritas por sus discípulos. Pese a los consejos de Del Campo, que lo animaba a dotar de fuerza y densidad a sus escasas partituras sinfónicas, siguió más tarde las orientaciones de Falla, que le aconsejaba lo contrario. Hay mucho de don Manuel en su obra. Que sabía trabajar la voz es algo indudable, como lo prueba la canción que hoy escuchamos, en la que, modestamente, se aprecia la manera que, según Salazar, tenía el músico de matizar el idioma local en interesantes inflexiones.

La zarzuela va a dar fin a este recital. Y lo va a hacer con dos páginas de real tronío, muy hispánicas. La primera pertenece a una de las obras más populares de Guerrero, un músico popular donde los hubiere: *La rosa del azafrán*, un zarzuelón de 1930, creado cuando el autor estaba ya en la cima de su fama. Esta obra vino a incrementarla. Las coplas, seguidillas, aires populares de la tierra manchega fueron utilizados aquí con fortuna por el músico de Ajofrín, que supo dibujar, sobre el libreto de Romero y Fernández Shaw, una partitura de excelente factura —con las limitaciones técnicas propias de la escritura el autor—, cuajada

de momentos de recio sabor. Sin duda uno de ellos es el soliloquio de Sagrario, enamorada, sin quererlo y sin confesarlo al principio, de su criado Juan Pedro, cosa que la conturba profundamente. Sus miedos quedan reflejados en esta soberbia romanza, "No me duele que se vaya", en la que trata de engañarse a sí misma al principio, aunque luego conviene en que no puede vivir sin él. El trazo firme de la melodía, la temperatura del acompañamiento hacen de esta pieza una excelente piedra de toque para sopranos fuertes, con nervio y temperamento.

El concierto concluye con la célebre "Petenera" de *La Marchenera* de Moreno Torroba, una zarzuela estrenada en Madrid dos años antes que *La rosa del azafrán* y con la que el joven compositor conseguía un gran éxito en un camino que ya había decidido emprender desde el triunfo de *La mesonera de Tordesillas* en 1925, corrigiendo unos pasos que en un principio le llevaban hacia la música sinfónica e instrumental. En *La Marchenera* queda bien retratada la estética del autor, representante de un conservadurismo en el que se daban cita elementos folklóricos de siempre con ciertos tintes modernistas. De mejor factura, de cocina musical más probada que la del toledano Guerrero, las obras del madrileño Moreno Torroba no poseen, sin embargo, el impacto directo de la fácil vena melódica de las de aquél. *La Marchenera* sucede no en Madrid, como otras muchas de las zarzuelas del autor, sino en Andalucía, en Marchena, a mediados del siglo XIX, en una época de luchas entre la aristocracia y las clases populares. Aunque la anécdota central la protagonizan Paloma, la Marchenera, la hija del ventero y don Félix de Samaniego, un don juan. El compositor muestra su oficio y su saber adaptarse a ritmos y a formas. Una prueba es "La Petenera", que trata en clave moderna este antiguo género flamenco caracterizado por la amalgama de los compases de 6/8 y 3/4. Música llena de gracia, vigorosa y muy propia para el lucimiento de una voz de soprano. Como la de Tatiana Melnychenko, que ganó el Concurso Guerrero cantando, entre otras piezas, precisamente esta "Petenera".

ARTURO REVERTER